

—Usted.

—¿Pero qué me aseguran? ¿Y por qué me aseguran?

—¿No tenían ustedes el seguro?

Graham pensó.

—¿El seguro?

—Sí... el seguro. Recuerdo que esto es cosa de su tiempo. Aquí se asegura su vida de usted. Docenadas de personas contratan pólizas, miriadas de leones se imponen por su vida. Y más allá otros especuladores compran anualidades. Aquí se trafica con la vida de todas las personas eminentes. ¡Fíjese usted en aquellos!

Una multitud de gente se agrupó arremolinándose, y Graham vió un gran transparente iluminado en el cual campeaban grandes letras de púrpura incandescente. «Anualidades sobre el propietario—x 5 p. 2. G.» La gente comenzó á gritar y á hacer ¡aaah!; un número de hombres, jadeantes, de violenta expresión, pasaron corriendo, elevando sobre sus cabezas los puños cerrados. Oyóse crugir una puerta.

Asano hizo un breve cálculo.

—Setenta por ciento anual es su anualidad sobre usted. No pagarían tanto si le viesan á usted ahora, señor. Pero no le conocen. Sus anualidades de usted son una segura colocación, pero ahora usted es la cuestión de azar. Este es probablemente un desesperado albur. Dudo mucho que el pueblo vuelva á verse con su dinero.

El grupo de presuntos anualistas se hizo tan nutrido, que durante un buen rato Graham y su acompañante no pudieron avanzar ni retroceder. Graham notó que abundaban las mujeres entre los especuladores, y se le hizo presente de nuevo la económica independencia del bello sexo. Parecían perfectamente capaces de tener cuidado de sí mismas entre aquella barahunda, usando de sus codos con particular habilidad, como lo aprendió Graham á su costa. Una de rizado cabello quedó detenida unos momentos entre el corro, la miró fijamente, y después, acercándose á él deliberadamente, le tocó con el codo de un modo que no podía ser casual, demostrando bien claro que había encontrado favor en sus ojos. Y después un enjuto individuo de luenga barba gris, sudando copiosamente en

una noble pasión de propia ayuda, ciego á todo lo que le rodeaba, salvo el transparente rótulo, pasó entre ellos como una avalancha, atraído por el tentador «x p. 2. G.»

—Deseo salir de aquí—dijo Graham á Asano.—No es esto lo que quiero ver. Lléveme usted entre los obreros. Quiero ver al pueblo de traje azul.. Estos parasitarios lunáticos...

Encontróse envuelto en un grupo de gente que luchaba para llegar antes y la frase quedó sin terminar.

CAPITULO XXI

EL REVERSO

Del barrio mercantil, Graham y su acompañante, aprovechando las vías movibles, se encaminaron á un barrio remoto de la ciudad, donde se fabricaban las manufacturas groseras. En su dirección, la vía movable cruzó dos veces el Támesis, y pasó, en ancho viaducto, á través de uno de los grandes caminos que entraban en la ciudad por el norte. En las dos veces la impresión fué viva y en ambas rápida. El río era un ancho espacio de negra agua del mar, limitado por edificios, y desvaneciéndose por ambos extremos en una oscuridad constelada de luces. Un número de negras barcas descendía hacia el mar, tripuladas por hombres de vestido azul. El camino era un largo, ancho y elevado túnel, á lo largo del cual se deslizaban máquinas de altas ruedas rápida y silenciosamente. Allí también abundaba el color azul de la Compañía del Trabajo. La lisura de los dos trayectos opuestos, las grandes dimensiones y ligereza de las ruedas neumáticas en comparación con el cuerpo del vehículo, impresionaron á Graham vivamente. Un alto y descansado carruaje con varillas longitudinales de metal, de las cuales colgaban los cuerpos de centenares de

ovejas, le llamó poderosamente la atención. Bruscamente el borde de la arcada cerró la escena.

Poco después dejaron el camino, descendieron en un ascensor, y atravesaron un paraje en pendiente que les llevó á otro ascensor, en el cual volvieron á descender. El aspecto de las cosas cambió. Había desaparecido todo conato de arquitectura ornamental, las luces eran más escasas y de menos volumen; la arquitectura iba siendo más maciza á medida que se acercaban al barrio fabril. Y en el polvoriento distrito de los alfareros, en los molinos de feldespato, en los patios de los hornos de fundición, en los incandescentes lagos de cadhamita en fusión, la tela de color azul se veía exclusivamente en hombres, mujeres y niños.

Muchas de aquellas grandes y empolvadas galerías eran silenciosas naves de maquinaria, interminables reguerros de ceniza que atestiguaban la violencia de la última revolución; pero donde quiera que se trabajaba, la labor era hecha por aquellos hombres de lentos movimientos vestidos de lienzo azul. Los únicos que no lo llevaban eran los celadores y los policías del Trabajo con su uniforme amarillo. Y frescas aun las fisonomías encendidas de los bailarines, el voluntario vigor de los especuladores, Graham pudo notar el contraste con las caras enjutas, los débiles músculos, los fatigados ojos de muchos de los obreros de la nueva era. Tales como los vió en el trabajo eran notablemente inferiores en lo físico á los pocos capataces de alegres vestiduras que dirigían las faenas.

Las mujeres, comparándolas con aquellas que Graham recordaba, eran como una clase distintamente fea y mal formada. Doscientos años de emancipación de la moral restrictiva de la religión puritana, doscientos años de vida urbana, habían conseguido eliminar el tono de la belleza femenil y el vigor en las miradas de los seres de la tela azul. Ser notable física ó mentalmente, ser excepcional ó atractivo por cualquier concepto, había sido y era aún una manera de emanciparse del trabajo grosero, un camino de llegar á las ciudades de placer con sus esplendores y deleites, y por último á la euthanasia y el

reposo. El que se armasen contra semejantes inducciones no era de esperar en almas nutridas tan pobremente. En las jóvenes ciudades del tiempo de Graham, las masas agregadas de obreros habían sido formadas por una multitud diversa, aún movida por la tradición de honor personal y una alta moralidad; ahora era una clase enteramente distinta, con manera de ser moral y física suya propia, hasta con un dialecto suyo.

Graham y su acompañante descendieron aún más y más en aquel lugar de trabajo. Después cruzaron por debajo de una calle de vías movibles y vieron las plataformas deslizándose por sus carriles y resplandecientes de blanca luz á intervalos. Las fábricas en que no se trabajaba estaban pobremente alumbradas; á Graham parecieronle, ellas y sus inmensas naves de gigantescas máquinas, sumergidas en las tinieblas, y aun donde se trabajaba la iluminación era mucho menor que la de las calles.

Más allá de los centelleantes lagos de cadhamita, llegaron á la localidad de los joyeros, y, con alguna dificultad y previa la entrega de su prima, pudo Graham penetrar en las galerías. Estas eran elevadas y oscuras y bastante frías. En la primera, un corto número de hombres estaba haciendo objetos de oro filigranado, cada operario en su banco aparte y con una débil luz á su lado. La larga sucesión de manchas luminosas, con los ágiles dedos moviéndose á la luz entre los hilos de oro, y la atenta fisonomía semejante á la de un fantasma, producían un raro efecto.

La labor era perfectamente ejecutada, pero sin ningún objetivo de modelado ó dibujo, pues la mayor parte eran intrincadas fantasías ó calcados en un motivo geométrico. Estos obreros usaban un peculiar uniforme blanco sin mangas ni bolsillos. Se lo ponían al entrar en la fábrica, y por la noche eran registrados al salir de ella. A pesar de todas las precauciones, la policía del Trabajo decía plañideramente que la Compañía era robada con frecuencia.

Más allá una galería de mujeres ocupadas en tallar y montar rubíes falsos, y en la inmediata hombres y muje-

res trabajando juntos sobre piezas de cobre que formaban el pie de ciertos ornamentos. Muchos de estos obreros presentaban unos labios lívidos, debido á una dolencia causada por las emanaciones de un cierto esmalte purpurino, muy en boga por entonces. Asano dijo á Graham que le dispensase por haberle hecho ver aquellas fisonomías, pero que no había otro camino.

—Esto es lo que yo quería ver—dijo Graham;—esto es lo que yo quería ver.

Y trató de disimular el estremecimiento que le produjo la repentina visión de un rostro desfigurado.

—Algo mejor que esto hubiera podido hacer de sí mismo—dijo Asano.

Graham hizo un indignado comentario.

—Pero señor, no es posible fabricar ese artículo sin la púrpura—dijo Asano.—En su tiempo de usted podía la gente rechazar estas crudezas; estaban doscientos años más próximos á la barbarie.

Continuaron á lo largo de una galería baja y llegaron á un pequeño puente que salvaba una bóveda. Asomándose al parapeto, Graham vió debajo un muelle. Tres barcazas, envueltas en polvo, estaban á la descarga de una inmensa cantidad de feldespatos en polvo, y los descargadores no cesaban de toser; el polvo se cernía formando bruma y hacía tomar tonos amarillos á la luz eléctrica. La vaga sombra de aquellos obreros gesticulaba bajo sus pies, y venía y volvía á lo largo de una blanca pared. A intervalos se detenía para toser.

Una sombría, elevada masa de mampostería que salía de las tenebrosas aguas, trajo á la mente de Graham el pensamiento de la multitud de caminos y galerías, y escaleras, que se levantaban de trecho en trecho hasta una altura inconcebible. Los hombres trabajaban en silencio bajo la inspección de dos individuos de la policía del Trabajo. De pronto una voz comenzó á cantar.

—¡A callar!—gritó uno de los polizontes, pero la orden fué desobedecida, y primero uno y después todos los polvorientos obreros, repetían el estribillo, dicho con inflexión amenazadora, del canto de la Revolución. Los pies que caminaban por las planchas comenzaron á marcar

el ritmo, *plan, plan, plan*. El policía que había gritado miró á su compañero, y Graham vió que éste se encogía de hombros. El otro no hizo ya observación alguna.

Y así atravesaron las fábricas y lugares de trabajo, viendo cosas penosas y aflictivas

¿Pero para qué poner de mal talante al amable lector? Seguramente, para una naturaleza sensible, ya es bastante triste el mundo actual y no necesita saber de las miserias del futuro. Nosotros no las sufriremos. Quizás nuestros hijos sí. ¿Pero qué podemos remediar nosotros? Aquel paseo dejó á Graham un cúmulo de memorias, fluctuantes pinturas de vastos departamentos y de animadas bóvedas vistas á través de nubes de polvo, de complicadas máquinas, el vaivén de los telares, el pesado golpear de las máquinas estampadoras, el zumbar y rechinar de correas y bielas, las mal alumbradas naves, líneas interminables de débiles lucecillas. Y por todas partes pilastras y arcos de tal solidez como Graham jamás había visto; gruesos titanes de gris y reluciente ladrillo aplastados bajo el peso de la ciudad. Y por todas partes facciones demacradas, pesados miembros, miseria y degradación. Y una, dos, hasta tres veces oyó Graham el canto de la Revolución durante su largo y penoso paseo, y una vez vió una lucha en un pasaje, y supo que un número crecido de aquellos parias había tomado su pan antes de terminar la jornada. Graham descendía hacia los caminos movibles otra vez, cuando vió un tropel de chiquillos, vestidos de azul, corriendo hacia un pasaje transversal, y pronto comprendió la razón de aquel pánico al ver una compañía de policías del Trabajo armados de garrotes, que corrían á reprimir un desconocido tumulto. Y después se oyó un lejano clamoreo, pues la mayor parte del remanente que trabajaba, trabajaba sin esperanzas. Todo el espíritu que quedaba en aquella humanidad decadente estaba aquella noche en las calles, aclamando al Amo y reuniendo sus armas. Pasaron algunas mujeres con visible expresión de espanto.

—¿Qué ocurre ahora?—dijo Graham, intrigado, pues no comprendía lo que iban gritando aquellas mujeres. Entonces se lo dijeron en inglés, y observó que lo que

hombres, mujeres, niños, todo el mundo iba gritando y comunicándose, era esto:

—¡Ostrog va á traer policía negra á Londres! ¡La Policía Negra viene de Africa!... ¡La Policía Negra! ¡La Policía Negra!

Asano estaba pálido y asombrado; vacilaba, miraba á Graham y por último le dijo que ya lo sabía.

—Pero lo que no comprendo es cómo lo sabe el pueblo.

Graham oyó gritar á alguien:

—¡Parad el trabajo! ¡Parad el trabajo!

Y un cetrino jorobado, ridículamente ataviado de verde y oro, fué saltando de plataforma en plataforma hacia él berreando en buen inglés.

—¡Es cosa de Ostrog... de ese bribón de Ostrog! ¡Se hace traición al Amo!

Su voz era sonora y sus labios estaban espumantes. Refería el indecible horror que la policía negra había causado en París, y después pasó gritando:

—¡Ese bribón de Ostrog!

Por un momento permaneció Graham inmóvil, pues de nuevo le asaltó la idea de que todo aquello era un sueño. Contempló los edificios que se proyectaban á la otra parte, desvaneciéndose en una bruma azul sobre las luces más altas, y después la serie escalonada de plataformas y la multitud vocinglera y gesticuladora.

—¡Hacen traición al Amo!—gritaban.—¡Hacen traición al Amo!

De pronto la situación se presentó en su imaginación clara y urgente. Su corazón comenzó á latir con violencia.

—Ha llegado—dijo;—debiera haberlo supuesto. Ha llegado el momento.

Pensó rápidamente.

—¿Qué voy á hacer?

—Ir á la Casa del Consejo—insinuó Asano.

—¿Por qué no hablarles?... ¡El pueblo está aquí!

—Perderá usted el tiempo. Dudarán de que sea usted. Pero se aglomerarán en la Casa del Consejo. Allí encon-

trará usted á sus ministros. Su fuerza de usted está allí... con ellos.

—¿Y si sólo es un rumor?

—Tiene visos de certeza—dijo Asano.

—Esperemos los hechos—dijo Graham.

Asano se encogió de hombros.

—Haremos mejor yendo á la Casa del Consejo—exclamó Asano.—Allí se reunirán. Quizá en este momento las ruinas no puedan franquearse.

Graham le miró con recelo y le siguió.

Fueron de la plataforma más lenta á la más rápida, y allí Asano se aproximó á un obrero. Las respuestas fueron dadas en aquel espeso y vulgar dialecto.

—¿Qué dice?—preguntó Graham.

—No sabe gran cosa... sólo que la policía negra hubiese llegado antes de que el pueblo se hubiera dado cuenta, á no ser porque ha trascendido la noticia. Una joven la ha propagado.

—¿Una joven? ¡No!...

—Dice que una joven, pero no sabe quién es. Salió gritando de la Casa del Consejo y lo dijo á los obreros que trabajaban en la restauración de aquellos edificios.

Luego se oyó otro grito, algo que convertía el confuso desorden en un movimiento determinado, y que barrió la calle como un soplo de viento.

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Cada cual á su puesto!

CAPITULO XXII

LA LUCHA EN LA CASA DEL CONSEJO

Como Asano y Graham se encaminaron presurosos á lo largo de las ruinas de la Casa del Consejo, en todas partes observaron la excitación del pueblo que se levanta.

taba «¡A las armas! ¡A las armas!» Por todas partes se veían salir hombres y mujeres de desconocidos subterráneos, ganando las escaleras de las mesetas centrales; en un pasaje vió Graham un arsenal del Comité revolucionario, sitiado por una multitud que vociferaba; en otro, una pareja de hombres luciendo el odiado uniforme amarillo de la policía del Trabajo, perseguida por un creciente grupo, se echó rápidamente en la vía superior que iba en dirección opuesta.

Los gritos de «¡A las armas!» llegaron á ser por último un clamor continuo al aproximarse al barrio oficial. Muchos de los gritos eran ininteligibles. «¡Ostrog nos ha hecho traición!» berreaba un hombre con voz enronquecida, una y otra vez, repitiendo el estribillo hasta hacer que persiguiera la mente de Graham cuando ya no le oía. Aquel individuo estaba próximo á Asano y Graham en la faja más rápida de la vía, gritando á las gentes que ocupaban las plataformas inferiores conforme iban pasando. Y su grito sobre Ostrog se mezclaba con otros incomprensibles. De pronto fué saltando hacia abajo y desapareció.

La mente de Graham estaba aturdida con el estrépito. Sus pasos eran vagos é informes. Tenía la idea de algún elevado sitio desde donde pudieran dirigirse á la multitud, y otra de afrontar á Ostrog cara á cara. Estaba poseído de rabia, de intensa excitación muscular, crispadas las manos, apretados los labios.

El camino á la Casa del Consejo á través de las ruinas estaba intransitable, pero Asano allanó esta dificultad y llevó á Graham al patio de la Casa central de Correos. Las oficinas estaban, nominalmente, en pleno trabajo, pero los empleados, con sus ropas azules, se movían perezosamente, ó se les veía entre los arcos de sus galerías, contemplando la agitación del exterior. «¡Todo el mundo á las armas! ¡Todo el mundo á las armas!»

Allí, por consejo de Asano, reveló Graham su personalidad.

Cruzaron la Casa del Consejo mediante un asiento suspendido en el cable. Desde la capitulación del Consejo se había operado un gran cambio en el aspecto de

las ruinas. Las elevadas cascadas producidas por rotas cañerías habían sido encauzadas, y grandes tubos preventivos cruzaban en la parte superior á lo largo de una intrincada red de traviesas. En lo más elevado se veían los cables y alambres que servían para el servicio de la Casa del Consejo, y una masa de nuevas construcciones comenzaba á elevarse á la izquierda del blanco torreón.

Las vías movibles que corrían á través de aquella área habían sido repuestas. Estos eran los caminos que Graham había visto desde la terraza momentos después de su despertar, no hacía aún nueve días, y el aposento donde yacía, había estado en el lado de allá, donde ahora deformadas pilas de edificación se confundían juntas.

El día estaba ya avanzado y el sol brillaba esplendoroso. De las altas cavernas de luz azul venían las rápidas vías cuajadas de gente que saltaba de ellas y se diseminaba por las ruinas. El aire vibraba con sus gritos, y la moviente masa se apiñaba avanzando hacia el edificio central. En su mayoría, aquella creciente multitud estaba formada de bandadas sin cohesión, pero aquí y allá pudo Graham observar que una ruda disciplina luchaba por imponerse. Y mil voces demandaban orden en medio de aquel caos. «¡A las armas! ¡Todo el mundo á las armas!»

El cable les dejó en una sala en la que Graham reconoció la antecámara de la sala del Atlas y la galería que había recorrido con Howard para ser mostrado al desvanecido Consejo una hora después de su despertar. En aquel lugar ahora sólo se veían dos empleados en el servicio del cable. Los dos parecieron sorprenderse al reconocer al Durmiente en uno de los viajeros que saltaron del asiento.

—¿Dónde está Elena Wotton?—les preguntó.—¿Dónde está Elena Wotton?

Dijeron que no lo sabían.

—¿Pues dónde está Ostrog entonces? Es necesario que le vea inmediatamente. Me ha desobedecido. Vengo á privarle de sus poderes.

Sin esperar á Asano, atravesó en derechura el lugar,

subió los escalones del extremo, y levantando la cortina se encontró frente al perpetuamente ocupado Titán.

La sala estaba vacía. Su aspecto había cambiado mucho desde la primera vez. Había sufrido mucho en la violenta lucha de los pasados días. A mano derecha de la gigantesca figura, la mitad superior de la pared se había derrumbado en un espacio de doscientos pies de longitud, y una hoja de la misma cristalina substancia que rodeaba á Graham en su despertar había sido extendida cubriendo la abertura. Esto aminoraba, pero no apagaba enteramente el rumor del pueblo reunido fuera. «¡Armas! ¡Armas! ¡Armas!» parecían estar gritando. A través de aquella mampara eran visibles las vigas y soportes de andamiajes metálicos que subían y descendían siguiendo el impulso dado por un numeroso grupo de trabajadores. Muchos de ellos contemplaban la muchedumbre que se iba congregando. Por un momento observó todo aquello hasta que llegó Asano.

—Ostrog—dijo Asano— debe estar en las oficinas de la otra parte.

El hombrecillo parecía lívido en este momento y escudriñaba el rostro de Graham.

Apenas habían avanzado una docena de pasos desde la cortina, cuando un pequeño tablero á la izquierda del Atlas se arrolló, y Ostrog, acompañado de Lincoln y seguido de dos negros con uniforme amarillo y negro, apareció cruzando el remoto rincón de la sala, hacia un segundo tablero que dejó paso franco.

—¡Ostrog!—gritó Graham, y al sonido de su voz la reducida comitiva se volvió asombrada.

Ostrog dijo algo á Lincoln y adelantó solo.

Graham fué el primero en hablar. Su voz era recia é imperativa.

—¿Qué es lo que he oído?—preguntó.—¿Que va usted á traer negros... para reprimir al pueblo?

—No es demasiado pronto—contestó Ostrog.—Se están saliendo más y más de sus casillas desde la revolución. Yo estimo...

—¿Quiere usted decir que esos infames negros están en camino?

—En camino. ¿Ha visto usted á la gente... en las calles?

—¡Claro! Pero... después que se ha dicho. Ha obrado usted con demasiada libertad, Ostrog.

Ostrog no dijo nada y se aproximó más.

—Es preciso que esos negros no vengan á Londres—dijo Graham.—Soy el Amo y no quiero que vengan.

Ostrog echó una mirada á Lincoln, que se aproximó inmediatamente seguido de sus dos negros.

—¿Por qué?—preguntó Ostrog.

—Hombres blancos no han de ser reprimidos sino por hombres blancos. Además...

—Los negros no son más que un instrumento.

—Pero no es esa la cuestión. Yo soy el Amo. Quiero serlo. Y digo que esos negros no vendrán.

—El pueblo...

—Yo creo en el pueblo.

—Porque es usted un anacronismo. Usted es un hombre fuera del pasado... un accidente. Quizás sea usted propietario de la mitad del mundo. Pero no es usted el Amo. No conoce usted lo bastante para serlo.

De nuevo echó una mirada á Lincoln.

—Ahora sé lo que usted piensa... sospecho algo de lo que quiere usted hacer. Todavía es tiempo de que reciba usted un aviso. Sueña usted con la igualdad humana... con un orden socialista... Tiene usted todos esos perniciosos sueños del siglo XIX vivos y frescos en su imaginación, y quiere usted gobernar este siglo que no conoce.

—¡Escuche usted!—dijo Graham.—Ya lo oye usted... un rumor semejante al del mar. No voces... sino una voz. ¿Lo comprende usted?

—Nosotros se lo hemos enseñado—dijo Ostrog.

—Quizás. ¿Puede usted enseñarles á que olviden? Pero basta. Esos negros no pueden venir.

Ostrog le miró en los ojos.

—Vendrán—dijo.

—Lo prohibo—exclamó Graham.

—Se han puesto en camino.

—Que se vuelvan.

—No—dijo Ostrog.—Por mucho que sienta seguir el

método del Consejo... Por su propio bien... Es menester que no se asocie usted... al desorden. Y ahora que está usted aquí... Ha sido usted muy bueno viniendo.

Lincoln puso una mano sobre el hombro de Graham. Inmediatamente reconoció Graham la imprudencia que había cometido viniendo á la Casa del Consejo. Volvióse hacia las cortinas que separaban la sala de la antecámara. La mano de Asano intervino. Inmediatamente Lincoln le asió por la ropa.

Graham volvióse y dió un golpe en el rostro á Lincoln, y acto seguido uno de los negros le echó mano al cuello y al brazo. Saltó hacia atrás, la manga se rasgó ruidosamente y tambaleó, siendo derribado por el otro guarda. Cayó de espaldas y mirando al remoto techo del departamento.

Gritó, revolcóse, luchando fieramente, asió á un negro por la pierna y le derribó pesadamente, tratando después de ponerse en pie.

Lincoln apareció ante él y cayó violentamente á consecuencia de un golpe asestado debajo de la mandíbula, que le puso fuera de combate. Graham dió dos saltos, resbaló. Y entonces el brazo de Ostrog le rodeó el cuello, fué empujado hacia atrás y cayó pesadamente al suelo, y sus brazos quedaron sujetos. Tras breves momentos de lucha, cesó de moverse y permaneció quieto.

—¡Es... usted... mi prisionero!—dijo Ostrog jadeante.—¡Ha sido usted... un loco... viniendo aquí!

Graham volvió la cabeza, y observó, á través del lienzo transparente, que los hombres que estaban trabajando á la otra parte gesticulaban con excitación á la multitud apiñada debajo. ¡Habían visto!

Ostrog siguió la mirada y se estremeció. Gritóle á Lincoln, pero Lincoln no se movió. Una bala rebotó en las molduras encima del Atlas. Los dos trozos de transparente materia seccionados por el golpe se arrollaron rápidamente hacia los lados, y un momento después la cámara del Consejo quedaba al aire libre. Una bocanada glacial penetró por el boquete, y con ella llegaron millares de gritos de en medio de las ruinas, un espantoso clamoreo.

—¡Salvad al Amo!

—¿Qué están haciendo con él?

—¡Han hecho traición al Amo!

Y Graham notó que la atención de Ostrog estaba distraída, que la presión de sus manos se debilitaba, y, viendo sus brazos libres, consiguió ponerse de rodillas. Casi inmediatamente derribó á Ostrog de espaldas, y le puso una rodilla encima, en tanto que Ostrog aferraba sus manos al cuello de la túnica.

Pero en este momento un grupo de hombres corría hacia ellos, las intenciones de los cuales interpretó equivocadamente. Entrevió á alguien que se dirigía precipitadamente hacia las cortinas de la antecámara, y después Ostrog consiguió desasirse y los recién llegados se arrojaron sobre él. Con gran sorpresa suya le sujetaron. Obedecían las órdenes de Ostrog.

Fué arrastrado por ellos media docena de pasos antes de que Graham se percatase de que no eran amigos. Le arrastraban á una abertura dejada al descubierto por uno de aquellos tableros corredizos. Cuando vió esto, resistió á los que le llevaban, se echó por el suelo y pidió auxilio con todas sus fuerzas. Y ahora aquellos gritos eran contestados desde fuera.

La presión que lastimaba el cuello cesó y... y en el ángulo más bajo del boquete apareció, primero una, y después un número de negras figuras, gritando y blandiendo armas. Iban saltando desde la abertura á la galería que conducía á los Aposentos Silenciosos. Corrían á lo largo de ella, tan próximos, que Graham podía distinguir las armas perfectamente. Ostrog gritaba á sus hombres que le ayudasen, y de nuevo se trabó la lucha, haciendo Graham esfuerzos desesperados para no ser engullido por la misteriosa boca abierta á pocos pasos.

—¡No pueden llegar á tiempo!—barbotaba Ostrog.—No se atreven á hacer fuego. Todo va bien. Aun podemos salvarle de ellos.

Durante unos eternos momentos parecióle á Graham que continuaba la denigrante lucha. Su vestido estaba á pedazos, cubierto de polvo; tenía una mano magullada. Oía los gritos de los que venían en su ayuda, y uno ó

dos disparos. Sentía que las fuerzas le abandonaban, y procuraba reunir cuantas le quedaban. Pero el auxilio tardaba, y seguro, irremisiblemente, el boquete se iba aproximando.

Cedió la presión de los que le conducían y se puso de pie. Vió que Ostrog retrocedía y que él tenía libertad de movimiento. Giró sobre sus pies y se encontró con un hombre de negro ropaje. Una de aquellas armas verdes detonó á su lado, una bocanada de humo le dió en el rostro, y brilló el filo de un acero. Toda la cámara se movía en torno suyo.

Vió á un hombre de vestido azul que hería mortalmente á uno de aquellos negros de uniforme negro, y amarillo. Después se sintió asido de nuevo.

Parecióle que era arrastrado en dos direcciones. Tuvo la vaga idea de que gritaban en torno suyo. Se sentía oprimido, impulsado á pesar de su resistencia. La luz se le hizo de pronto y cesó de oponerse. Fué levantado en alto y conducido lejos del tablero devorador. Diez mil bocas le vitoreaban.

Vió hombres vistiendo de azul y de negro, persiguiendo la retirada de los secuaces de Ostrog sin cesar de hacer fuego. Levantó la cabeza y al mirar en torno suyo notó que le conducían á la tribuna levantada en medio de la estancia. Por el extremo abierto entraban enjambres de gente, que corría hacia él. Todos le miraban, aclamándole furiosamente.

Se percató de que una especie de guardia de corps le rodeaba. Hombres activos dictaban breves órdenes. A su lado estaba el individuo de amarillo, el de negro bigote, que vió entre los que le recibieron la primera noche en el teatro; éste también indicaba á gritos algunas oportunas reflexiones. El salón estaba ya casi lleno por la multitud, la galería metálica crugía al peso de una muchedumbre vociferadora, las cortinas de la puerta que daba acceso á la antecámara habían caído á tiras, y allí se veía una masa humana compacta y creciente. Apenas si pudo hacerse oír de los que le rodeaban en medio de aquella barahunda.

—¿En dónde se ha metido Ostrog?—preguntó.

El interrogado señaló, por encima de las cabezas, hacia los tableros inferiores, en la parte opuesta al derribado lienzo de pared. Estaban abiertos, y hombres armados, con el traje azul y divisas negras, pasaban á través de ellos y se perdían en los pasillos y aposentos de la otra parte. Parecióle á Graham oír el sonido de disparos entre el tumulto. Fué conducido á través del salón hacia una salida situada debajo de la pared derribada.

Notó que algunos hombres mantenían una especie de ruda disciplina para guardar un espacio libre en torno suyo. Salió del salón, y alguien se cogió de su brazo guiándole. A su lado iba el individuo de traje amarillo. Le condujeron hacia una estrecha escalera de ladrillos, y cerca de allí se veían los cabrestantes, las poleas y demás máquinas de construcción.

Estaba al pie de la escalera. Atravesó un pasillo y de pronto desembocó sobre el vasto anfiteatro de ruinas en medio de un clamoreo ensordecedor.

—¡El Amo está con nosotros! ¡El Amo! ¡El Amo!

El grito circuló sobre aquel mar de cabezas como una ola, llegó al extremo lejano, y rebotó volviendo de nuevo.

—¡El Amo está con nosotros!

Graham notó que ya no le rodeaba el pueblo, pues estaba sobre una pequeña plataforma metálica, parte evidentemente del andamio que circundaba la gran masa de la Casa del Consejo. Por todo el vasto espacio de ruinas pululaba la multitud aclamadora; y aquí y allá, las negras banderas de las sociedades revolucionarias delataban núcleos de organización en medio de aquel caos. Sobre las paredes escalonadas y los andamios, por donde sus salvadores habían penetrado en el salón del Atlas, veíanse apiñados grupos, y algunos enérgicos individuos, luciendo el color negro, encaramados sobre pilares y otros salientes, amonestaban á la multitud para que se condujese ordenadamente. Por el lienzo de pared derribado, debajo de él, le era fácil distinguir el salón del Atlas, igualmente ocupado por el pueblo. A lo lejos se divisaban las estaciones volantes, y una solitaria aeropila se cernía sobre la estación central, como preparándose para recibir á los aeroplanos que venían.

—¿Qué ha sido de Ostrog?—preguntó Graham, y al decir esto vió que todos los ojos se dirigían á la cima de los edificios de la Casa del Consejo. El hizo lo mismo. Por un momento no vió sino el desmoronado ángulo de una pared, escueto y claro, sobre el fondo azul del espacio. Después, en la sombra, reconoció con un movimiento de sorpresa el verde y blanco decorado de su primera prisión, y cruzando precipitadamente aquel abierto local, hasta el mismo límite de las ruinas, vió una figura empuñada por la distancia, de negro ropaje, seguida de otras dos figuras, con colores amarillo y negro. Oyó decir «Ostrog» al individuo que tenía detrás, y se volvió para interrogarle. Pero no lo hizo, á causa de la exclamación de otro de los que le rodeaban, que señalaba al propio tiempo con el dedo hacia un punto opuesto. Siguió la dirección y vió que la aeropila que se cernía antes sobre la estación, en aquel momento volaba hacia ellos. El vuelo rápido y seguro del aparato era todavía para Graham una novedad que atraía su atención.

Fué aproximándose, aumentando de volumen á cada instante hasta que se cernió en el punto extremo de las ruinas, visible á la muchedumbre que se agitaba debajo. Fué descendiendo en su trayecto, pasando por encima de sus colegas, una forma transluciente, con el solitario aeronauta, atisbando por las rendijas del fondo. Desapareció detrás de las ruinas.

Graham volvió su atención á Ostrog. Este estaba haciendo señales con las manos, y sus dos compañeros ocupados en desmoronar el trozo de pared que tenían detrás. De pronto la aeropila se presentó de nuevo á la vistat, un punto casi invisible, que se acercaba describiendo una curva al mismo tiempo que descendía.

El hombre de ropaje amarillo gritó súbitamente:

—¿Qué hacen? ¿Qué hace esa gente? ¿Por qué está Ostrog ahí? ¿Por qué no le prenden? ¡La aeropila viene á recogerlo... á llevarlo! ¡Ah!

La exclamación encontró eco en la multitud. La sorda detonación de las armas llegó á la plataforma donde estaba Graham, y éste, mirando abajo, vió un número de uniformes negros y amarillos corriendo á lo largo de una

de las galerías abiertas al aire libre, debajo del promontorio donde Ostrog se mantenía. Hacían fuego, mientras corrían, á un enemigo invisible, y después se vieron surgir varias figuras azules que iban en su persecución. Aquellas combatientes figurillas tenían el aspecto más raro; parecían soldaditos de una caja de juguetes. La lucha se sostenía á unas doscientas yardas de la plataforma y unas cincuenta sobre las cabezas que se apiñaban debajo de las ruinas. Los hombres de amarillo y negro corrieron hacia una arcada descubierta, y se volvieron de repente haciendo una descarga. Uno de los perseguidores, de los azules, que corría por el borde, levantó los brazos, perdió pie, parecióle á Graham que se cernió un segundo sobre el abismo y después se precipitó de cabeza. Graham le vió dar contra una cornisa, rebotar, girar en el aire y desaparecer detrás de un grúa de levantar pesos.

Y entonces una sombra se interpuso entre Graham y el sol. Levantó los ojos y el cielo estaba claro; comprendió que había pasado la aeropila. Ostrog se había desvanecido. El hombre de amarillo se adelantó, jadeante y sudoroso.

—¡Van á tomar tierra!—gritó. —¡Van á tomar tierra! ¡Que hagan fuego contra la aeropila! ¡Que hagan fuego!

Graham no comprendía. Oyó voces que repetían estas órdenes perentorias.

Repentinamente vió la proa de la aeropila asomar por el borde de las ruinas y detenerse con una sacudida. En un momento comprendió Graham que la máquina había tomado tierra para que Ostrog pudiera embarcar. Vió una neblina azulada que iba formándose en el claro, y observó que el pueblo hacía fuego ya sobre lo saliente del aparato.

Un hombre que estaba detrás de Graham, vitoreó roncamente, y al volverse vió que los azules habían ganado la arcada que había estado hasta entonces en posesión de los de amarillo y negro, y avanzaban á lo largo de ella en número creciente.

Y súbitamente la aeropila se deslizó sobre el borde de las ruinas y descendió. Caía como sobre un plano incli-

nado de cuarenta y cinco grados, pero tan en derechura, que le pareció á Graham, y quizás á muchos de los que estaban debajo, que no volvería á levantarse.

La máquina pasó tan cerca de Graham, que éste pudo ver á Ostrog, asido á los montantes del asiento, erizada su canosa cabellera; y el aeronauta, lívido, encorvado sobre la palanca que dirigía el propulsor. Oyó el vago grito lanzado por la multitud.

Graham se asió á la barandilla que tenía delante, respirando con dificultad. El segundo pareció un siglo.

La quilla del aparato no estuvo á más de un palmo de la cabeza de la muchedumbre, que retrocedió, con un grito de espanto, atropellándose unos á otros.

Y después se levantó.

Por un momento pareció cosa imposible el que pudiera rebasar la inmensa pared opuesta, y después que pudiera evitar el gigantesco molino de viento que giraba más allá.

Pero todo esto fué salvado y la aeropila se cernió en el espacio libre.

A la espectación del momento siguió una furia de exasperación cuando el pueblo se dió cuenta de que Ostrog se había escapado. Con retrasada actividad empezaron á hacer fuego, hasta el punto de oírse tan sólo un rumor de terremoto y de llenar el ambiente del humo azulado y picante del explosivo.

¡Demasiado tarde! La aeropila iba disminuyendo más á cada momento, y describiendo una graciosa curva en lo alto bien pronto desapareció á lo lejos. Ostrog se había salvado.

Por unos momentos un confuso clamoreo subió de las ruinas, y después la atención se concentró en Graham, inclinado, allá arriba, sobre el parapeto, Graham vió los ojos fijos en él, oyó los gritos que le saludaban. De todas las calles llegó el canto de la revolución extendiéndose como una brisa sobre aquel mar de cabezas.

El pequeño grupo de gente que le rodeaba le felicitó por haber escapado de manos de Ostrog. El hombre de amarillo estaba á su lado, rígida la faz y los ojos cente-

leantes. Y el canto iba propagándose más y más fuerte: *plan, plan, plan, plan.*

Lentamente fué dándose cuenta de la plena significación de aquellas cosas para él, del rápido cambio en su posición. Ostrog, que siempre se había interpuesto entre el pueblo y él, no estaba allí. Ya no había quién gobernase para él. El pueblo que le rodeaba, los jefes y organizadores de la multitud, le miraban esperando saber lo que quería hacer, lo que mandaría: sus órdenes. Era verdaderamente el rey.

Graham estaba decidido á hacer lo que se esperaba de él. Sus nervios y músculos temblaban, su mente quizás estuviese un tanto confusa, pero ya no sentía ni temor ni cólera. La mano que le magullaron en la lucha le dolía y estaba como febril. Se sentía un poco nervioso acerca de su parte. Sabía que no tenía temor, pero quería demostrar que no lo tenía. En su primera vida se había sentido con frecuencia mucho más excitado jugando una partida de ajedrez. Deseaba una acción inmediata, comprendía que no debía pensar mucho en los detalles de la ingente complicación de la lucha que se aproximaba, so pena de quedar paralizado por lo intrincado de esta complicación. Allá á lo lejos, sobre aquellos inmensos edificios, las estaciones volantes, reinaba Ostrog; y él iba á luchar, por el mundo, contra Ostrog.

CAPITULO XXIII

MIENTRAS VENÍAN LOS AEROPLANOS

Durante un buen intervalo el dueño de la tierra no fué dueño de sus pensamientos. Aun su voluntad no parecía su propia voluntad, sus actos le sorprendían y no eran sino una parte de la confusión de extrañas experiencias que cruzaban á través de todo su ser. Algunas estaban claramente definidas; los aeroplanos venían. Elena